



ENTREVISTA



Antonio Fernández Galiano, primer presidente de Castilla-La Mancha: “Nosotros pusimos los cimientos”

Luis E. Esteban Barahona, Alfonso G. Calero

Antonio Fernández Galiano es un venerable catedrático de Derecho, a punto de cumplir los setenta años, de los cuales ha dedicado 10 a la vida política. Primero fue subsecretario del Ministerio de Educación (entre 1977-78, con Iñigo Cavero, en la época de UCD). Fue senador por Guadalajara en las dos primeras legislaturas, 1977-79 y 1979-82. Por lo que nos interesa aquí fue elegido, por sus compañeros de UCD, fuerza mayoritaria entonces, primer presidente del ente preautonómico de Castilla-La Mancha, cargo que ejerció desde diciembre de 1978 hasta enero de 1982. Como él señala en esta entrevista, una vez que hubo entregado en las Cortes de España el proyecto de Estatuto de Autonomía para nuestra región, consideró cumplida una fase de su trabajo y presentó su dimisión. Le sustituyó el entonces presidente de la Diputación de Toledo, también miembro de UCD, Gonzalo Payo.

En su despacho de vice-rector de la Universidad privada San Pablo-CEU, de Madrid, nos recibe amablemente y rememora con nosotros aquellos primeros tiempos de la constitución y organización de Castilla-La Mancha como Comunidad Autónoma.

—¿Cómo fueron los comienzos de la etapa preautonómica en Castilla-La Mancha (CLM)? Personalmente, ¿cómo se involucró usted en este proceso?

—Nos habíamos hecho cargo de aquel proceso los parlamentarios (diputados y senadores) de las cinco provincias que hoy forman Castilla-La Mancha, pero llegó un momento en que había que personalizar esa responsabilidad, y designar presidente del ente preautonómico. Como UCD era mayoritaria en la región, nadie dudó que el presidente nos correspondía a nosotros. Nos reunimos los parlamentarios de UCD y allí decidieron mi designación. En ese momento yo era subsecretario del Ministerio de Educación y a mí, como catedrático, ese puesto me gustaba y me interesaba. Así que tampoco estaba muy decidido. Hablé con mi ministro —Iñigo Cavero—, el cual me dio absoluta libertad para elegir entre una opción y otra. Como experiencia política era una novedad. Me decidí a aceptar. Estuve allí cuatro años. Fue un tiempo muy sugestivo: era todo nuevo, para todos, empezando por mí mismo. Fue una etapa muy costosa, porque no es lo mismo entrar a servir un cargo ya existente que montar una nueva estructura. Fue fatigoso, yo lo administré con mucho cuidado, empleando criterios muy domésticos. Recuerdo que cuando abandoné la presidencia, dejé doscientos y pico millones de pesetas de superávit en las arcas.

El primer problema que se me planteó era la falta de conciencia regional. Yo era muy consciente de que en las cinco provincias no había entonces la menor vocación

autonómica. Ni de unidad. Porque, díganme, ¿qué semejanzas hay entre la parte sur de la provincia de Albacete, y el norte de Guadalajara, o entre la comarca de Molina y Talavera de la Reina? Entonces una de mis labores, mía y de todo el Gobierno, fue ir convenciendo a la gente de que aquello era bueno. Aunque hay que decir que muchos no se dejaban convencer fácilmente porque operaban con inercias y no entendían mucho eso de que naciera una autoridad intermedia entre Madrid y la provincia. Muchos creían que eso iba a complicar las cosas y que iba a entrarse en una administración muy compleja, con situaciones intermedias, porque ellos tampoco estaban muy seguros de que lo que decía la Constitución al final fuera a cumplirse de verdad. Luego el desarrollo de CLM, o de cualquier otra Comunidad, les ha hecho ver que no se trataba de una autoridad intermedia, sino de la autoridad, sin más. Que maneja un presupuesto, que legisla, y que —como repetíamos entonces— iba a acercar la Administración al administrado. Entonces sonaba a raro, hoy se ha visto que era verdad.

No se veía la nueva realidad política autonómica, primero por la falta de experiencia. En segundo lugar, porque la preautonomía tenía tan pocas competencias, tan escaso margen de maniobra, que difícilmente podía cumplir muchos objetivos. Eramos una estructura muy pequeña. Fueron unos años de intentar convencer a la gente, lo que nos obligaba a viajar mucho para divulgar la existencia de CLM, de sus metas. Además de eso había que crear una estructura administrativa. Así que constituí el primer gobierno regional. Nuestra sede estaba en la Diputación de Guadalajara, en un altillo que nos prestó su presidente, en unas condiciones materiales que hoy no creo que admitiera ni un director general. Creé también algunos organismos como Sodicaman, pusimos las bases del Parlamento, empecé a iniciar los trámites para la creación de una Universidad.

—Sí, porque CLM era entonces la única región que no tenía una Universidad propia...

—En efecto, pero no sólo porque entendiera que CLM no podía seguir sin Universidad. Aunque desde el principio no me gustó cómo se enfocaba la cuestión. Yo llegué a la conclusión de que así como en otras materias UCD y PSOE actuaban como gobierno y oposición, en los temas de Universidad había afinidad absoluta de criterios entre los diputados de cada provincia, no por partidos sino por su circunscripción. Porque querían —como yo les repetía— «volver cada uno a su provincia con una facultad debajo del brazo». Y yo entendía que la Universidad requería una unidad. Pero creo que prediqué en el desierto y la prueba es, a mi juicio, lo que ha salido: una Universidad fraccionada y carente de esa unidad que, a mi modo de ver, hubiera sido preferible con una o —como

mucho— dos sedes, una para las carreras de Ciencias y otra para las de Letras, pero en ningún caso una por provincia como luego se ha hecho.

—Volviendo a los inicios, ¿cómo se produjo la configuración definitiva de la Región? ¿Cómo se solucionó el problema de Madrid, por ejemplo, y qué resistencias se plantearon en otras provincias sobre su inclusión o no en CLM?

—Se solucionó de una forma un tanto extraña. La suerte de esta Comunidad la decidieron un puñado de personas, que eran los parlamentos nacionales de ese momento. Al publicarse la Constitución, en ella se decía al respecto que «cada provincia decidida». Y ¿quién iba a decidir?, pues nosotros, los parlamentarios. En Guadalajara cabía la posibilidad de unirse a Castilla y León; los factores económicos, geográficos, humanos, de todo tipo la ponen más cerca de Soria, por ejemplo, que de Toledo o no digamos de Ciudad Real. Lo que pasa es que Castilla y León se perfilaba ya como una gran Comunidad, demasiado extensa. Y decíamos: ¿qué vamos a hacer nosotros allí? Y había otra razón para estar en CLM y era la antigua división por regiones (que nunca llegó a tener vigor político, sólo se respetaba en las Audiencias Territoriales, pero en ningún otro ámbito). Pues bien, esa división tradicional nos empujó también a aceptar la inclusión de Guadalajara en CLM. Pero se planteaba también el problema de Albacete, porque esta provincia estaba vinculada a Murcia. A los parlamentarios albacetenses les ocurrió algo parecido a nosotros, en Guadalajara. Tengo entendido que no se llegaron a entender muy bien con los murcianos y decidieron integrarse en CLM. Luego hubo una consulta a los Ayuntamientos y Diputaciones, pero eso fue bastante después.

La cuestión de Madrid fue también muy polémica. Mi opinión personal era que de ninguna manera. Si Madrid entraba en CLM, se acabó el resto de la Comunidad. Porque iba a absorberla. Los diputados de Madrid no pensaron nunca en la autonomía uniprovincial e hicieron esfuerzos muy activos para unirse a nosotros. Yo recuerdo una reunión que tuve con diputados de Madrid, de UCD, PSOE, AP y PCE. Estaban Tierno y Tamames, entre otros. Yo les convoqué en Toledo, y recuerdo que Tierno, de una forma muy poco oportuna, me dijo «Le advierto que le garantizamos que usted seguirá siendo presidente, que la inclusión de Madrid no afectará a su persona». Yo le contesté que no era procedente hablar de cuestiones personales. Pero yo seguí defendiendo el no, por razones de todo tipo, sobre todo demográficas. Yo insistí en que mi obligación era defender los intereses de esta región y que la inclusión de Madrid era claramente contraria a esos intereses.

A todo esto, el Gobierno me urgía a que preparáramos un Decreto que consolidara la preautonomía. El ministro

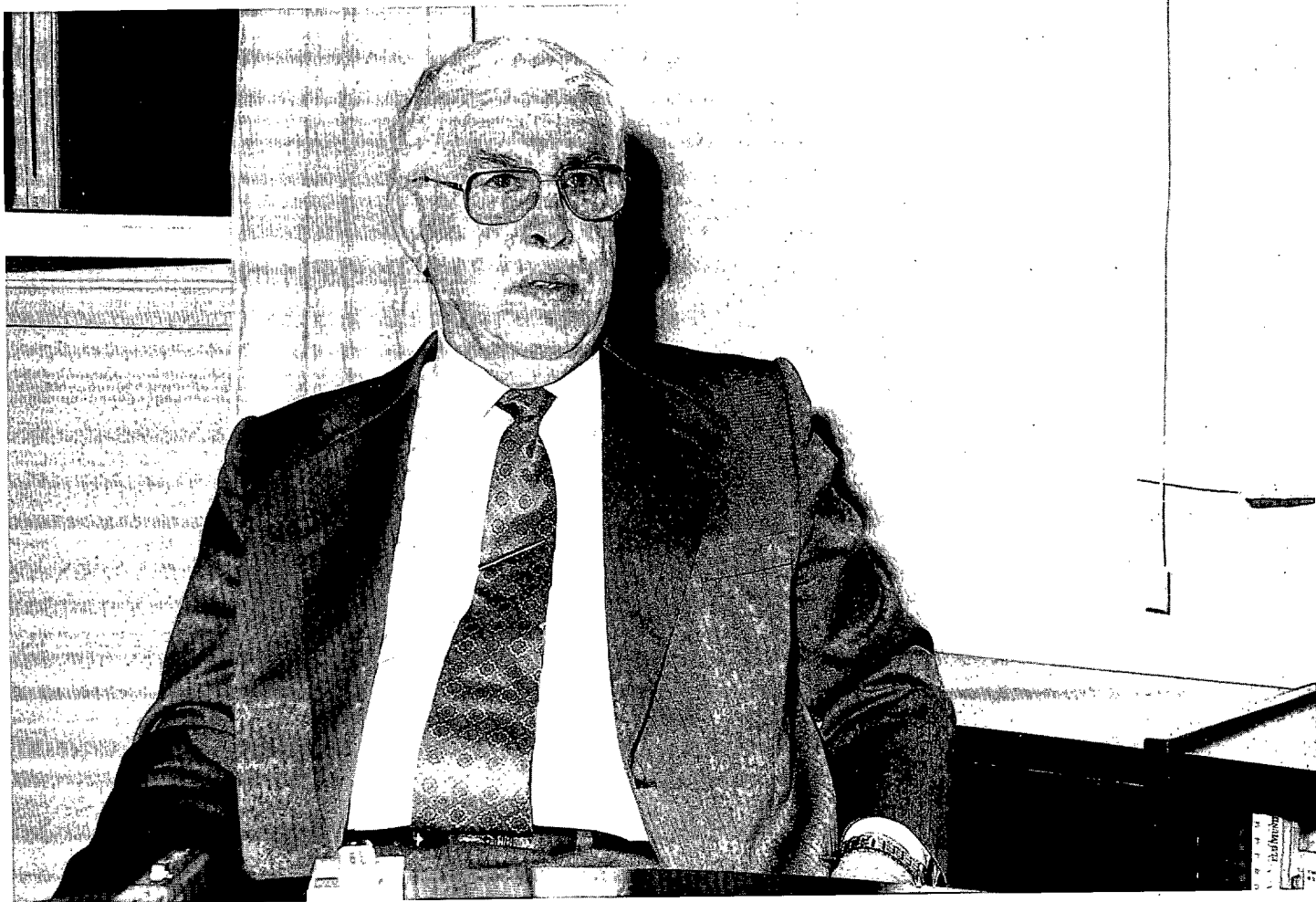


Foto: David SASTRE

de Administración Territorial, Clavero Arévalo, me llamó y me dijo si se podía ver alguna fórmula para no cerrar definitivamente el tema. Y me ofreció una disposición transitoria en la que se decía que la Comunidad de Madrid podría, en el futuro, formar parte de CLM. Y yo le repliqué que de quién dependería esa decisión. E insistí, sobre todo en que esa decisión debería ser refrendada mayoritariamente por la población de CLM. Al final la transitoria salió así, con esa matización, lo que hizo que no gustara nada a los diputados madrileños, pero no consiguieron nada más que eso.

—¿Cómo fue el pronunciamiento de los Ayuntamientos y Diputaciones sobre el proceso autonómico?

—Para que una provincia se adhiriera al proceso tenían que pronunciarse favorablemente Ayuntamientos cuya población superara el 51% de la población total. La última en hacerlo fue Guadalajara, porque el Ayuntamiento de la capital estuvo hasta el último momento sin pronunciarse. Irizar, el alcalde entonces, nos hizo sufrir mucho con este asunto y se pronunciaron a favor en el último momento.

Guadalajara, que yo conozco muy bien, como el pasillo de mi casa, desde Maranchón hacia el Este, todo el señorío

de Molina, ha tenido desde siempre una vinculación con Aragón y el resto de la provincia, con Madrid. Por lo tanto, había mucha gente que pensaba: «¿Para qué nos va a servir ésto?». Creían que se les iban a cerrar sus fronteras naturales con sus espacios de referencia. Por eso Guadalajara nunca fue especialmente proclive a integrarse en CLM.

—¿Cómo se fraguó el Estatuto de Autonomía? ¿Cuál era el ambiente, el tono de la discusión entonces?

—Quizá fuimos la última Comunidad en presentar el proyecto de Estatuto en las Cortes. Realmente se hizo «a sota, caballo y rey», lo que hicimos fue ver lo que habían hecho los demás y copiar o adaptar lo que ya había. No hubo demasiadas discrepancias. Los Estatutos, como toda Ley Orgánica, empiezan a adquirir su importancia cuando se desarrollan. El Estatuto es más bien un marco general, una serie de declaraciones de principios. Y en ese tipo de leyes es más fácil encontrar consenso. No recuerdo que hubiera demasiadas discrepancias.

En Almagro, en la iglesia de San Agustín, organizamos un acto con el ministro Arévalo, muy solemne. Yo escribí un discurso muy meditado, que creo gustó mucho. Al final todos aplaudieron salvo los socialistas, que no lo hicieron, en una actitud un poco infantil, creo yo, dado que era un

acto institucional. Ellos cometieron ingenuidades, como esa, pero quizá nosotros también lo hicimos, pues a ambos nos faltaba experiencia política.

—¿Cómo ve CLM hoy? ¿Piensa que el ritmo que se ha seguido en el desarrollo autonómico ha sido el necesario?

—Se ha ido a buen ritmo. Yo repetía que acabaríamos acostumbrándonos, igual que lo hicieron nuestros antepasados, a la división provincial, que ya no se discute. Con una diferencia a nuestro favor, los medios de comunicación. Hoy CLM es como cualquier otra Comunidad. Ahora, lo que me da mucho miedo, no ya en esta región en concreto, es la cuestión del endeudamiento. Esto puede hacer que dentro de unos años la deuda pública sea una carga insostenible y eso pasa en general en España. Se han disparado los presupuestos y con ello el endeudamiento. Y llegamos a cifras que ponen los pelos de punta.

—¿Puede haber un problema de duplicidad administrativa?

—Cuando se planteaba entonces el tránsito de competencias (yo hice algunas: Turismo, Comercio, Agricultura, etc.) lo que yo hacía era solicitarlas y, antes, me informaba. La teoría era: se transfieren las competencias y el funcionariado. El esquema era clarísimo. Recuerdo que mi ministro de Educación —Iñigo Cavero— me decía: «Cuando termine el traspaso de competencias a todas las comunidades, entonces el Ministerio cabrá en un pisito». Han pasado más de quince años, se ha traspasado mucho a muchas Comunidades y el Ministerio sigue casi tan grande como entonces. En las primeras transferencias se avanzó lo que luego iba a pasar. Había una enorme resistencia de funcionarios a ser transferidos de Madrid a otras provincias, pero muy fuerte realmente. Y eso implicaba que esas plazas de funcionarios que no se cubrían con funcionarios transferidos desde Madrid, antes o después se acababan cubriendo con nuevas contrataciones, lo que acaba creando, se quiera o no, una Administración paralela y eso económicamente es insoportable para el país. Luego también ha funcionado una especie de emulación. Ninguna Comunidad ha querido quedarse atrás en servicios que se ponían en marcha, y se ha seguido gastando y gastando.

—¿Cómo ve la articulación de las Diputaciones en la configuración actual del Estado?

—Yo creo que Ayuntamientos y Diputaciones de siempre han funcionado bien, con competencias muy deslindadas. Durante el XIX y buena parte del XX las Diputaciones han funcionado muy bien en toda España. ¿Qué pasa ahora? Que las Diputaciones tienen otro nivel

administrativo más, por encima, que es la Comunidad Autónoma. Por eso en alguna región, como en Cataluña, se habla de suprimirlas. Alegan que no es necesario ese escalón intermedio. Mi opinión es contraria, yo creo que las Diputaciones tienen gran experiencia, lo hacen bien y pueden seguir así, como elemento administrador de presupuestos y servicios que nunca podrán tener los Ayuntamientos. Yo creo que no estorban.

—¿Cómo se hizo la bandera de CLM?

—No teníamos bandera. Yo recuerdo que asistía a reuniones de presidentes y todos, en su coche, llevaban su correspondiente bandera autonómica, menos yo, cosa que a mi chófer le preocupaba mucho. Y entonces propuse a la oposición que nos reuniéramos para hablar de este asunto. Lo hicimos en Albacete, y se presentaron tres proyectos. Y en los tres bocetos estaban los dos colores, el carmesí y el blanco. A mí personalmente, me gustaba más una división en diagonal, en lugar de una división vertical, pero se votó y resultó elegida la que ahora conocemos, con el acuerdo y el aplauso de todos.

—Al final de su mandato, ¿alcanzó a ver alguno de los frutos de lo que habían realizado en los años precedentes?

—Ya lo he dicho en más de una ocasión. Nosotros lo que hicimos fue poner los cimientos, y los cimientos quedan luego tapados por el edificio. Esa fue mi labor, que no se ve apenas. Los que vinieron después pudieron construir sobre lo que ya estaba hecho. Supongo que cuando se escriba la historia de CLM no se podrá prescindir de mí, de nuestra labor en esos primeros años; me queda ese pequeño orgullo político.

—¿Por qué dimitió usted?

—Convoqué una última rueda de prensa en Almagro para despedirme de los medios de comunicación (que me habían tratado bien, por cierto); me pidieron, *off the record*, que les dijera la verdad. Y la verdad es que me fui porque entendía que se había acabado una etapa. En política creo que es muy bueno el recambio. La inercia, la excesiva duración en los cargos, hace que las ideas se agosten, se marchiten. Por eso me fui. Había dejado presentado el proyecto de Estatuto de Autonomía en las Cortes y con eso había cubierto una etapa, mi etapa. Posteriormente, me llamó Oscar Alzaga, presidente del PDP, y me pidió que aceptara ir como diputado a la Asamblea de Madrid. Le dije que sí pero con la condición de que fuera por una sola legislatura, como así fue de hecho. Y en ese año, cuando cumplía diez en la vida política, dejé esa actividad y nunca más he vuelto a ella, ni de cerca ni de lejos. □